

## RESEÑA

Sagástegui, Diana; Palomar, Cristina; y Chavoya Peña, María Luisa, coordinadoras (2012). *Paisajes de los educativo desde la investigación*. Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (Universidad de Guadalajara).

El libro que conmemora el vigésimo-quinto aniversario del Departamento de Estudios en Educación de la Universidad de Guadalajara me impone de entrada varias vertientes de lectura que trataré de articular en una intervención breve.

Primero, expreso mis felicitaciones y reconocimiento a quienes en este libro recuperan la profundidad de lo acumulado a lo largo de un cuarto de siglo y lo proyectan con su propio aporte hacia el futuro. Situar la investigación académica en el tiempo y no sólo en el espacio, es una operación indispensable a la que no siempre se le dedica la suficiente atención. Segundo, mi complacencia por los diez campos temáticos abordados en las tres partes del libro, *Mediaciones del aprendizaje: lenguajes y dispositivos digitales*; *Ciencia y academia, género, subjetividad y educación*; y *Ciudadanía, vinculación y formación*, no sólo porque colocan a la educación como un proceso complejamente constituido, necesariamente investigable desde perspectivas interdisciplinarias, sino también por la pertinencia con la que las autoras y autores de los capítulos los abordan. Tercero, por la estructura triádica, que entre otras virtudes dificulta caer al pensamiento en las oposiciones maniqueas y las conclusiones cerradas que, sobre todo en educación, resuelven aparentemente las diferencias al convertirlas en una lucha de poder, sin dejar espacio para el debate y el aprendizaje.

Comienzo por comentar esta última característica, la estructura triádica. Este es el primer libro que me encuentro con tres introducciones, cada una firmada por una de las

coordinadoras y que, sin embargo, mantiene una clara unidad. Es evidente que no se trata de tres libros pequeños empastados bajo el mismo título, sino, diría yo como el prologuista, Eduardo Weiss, que “las tres partes del libro dan cuenta no sólo de la diversidad de líneas de investigación” que se desarrollan en el Departamento de Estudios de la Educación, “sino a la vez de algunos de los polos de concentración” y evidencias de que se trata de “un departamento que ha logrado forjar un *ethos* compartido”. Las tres partes, así como los diez capítulos, representan un esfuerzo convergente de análisis y proyección de líneas de investigación, sin duda relevantes, desarrolladas en varios casos por más de un autor, pero sin que se diluyan las marcas de liderazgo intelectual también claramente presentes en el libro.

La lectura, la escritura, los trastornos del aprendizaje y las mediaciones educativas de los dispositivos tecnológicos digitales, en la primera parte; la ciencia desde la perspectiva de género, la subjetividad, el género y las identidades, y la investigación de la subjetividad en la educación, en la segunda; la educación ciudadana, la vinculación universitaria y la formación de investigadores en educación, en la tercera, son densamente expuestos en los diez capítulos, no como temas o como referentes socioculturales solamente, sino como robustas vertientes de construcción de conocimiento que, a mi juicio, tienen mayor relevancia cuando son proyectadas hacia el futuro que como simple recuento de lo producido hasta ahora. Es decir, leo con mayor interés este libro en su conjunto como producto del trabajo colectivo de construcción de una agenda múltiple de investigación, que como un balance analítico del conocimiento ya consolidado, sobre todo en el entorno local y nacional.

Cito nuevamente al prologuista, Eduardo Weiss, probablemente el investigador mejor calificado para reconocer las condiciones de desarrollo de la investigación educativa en México, y lamento con él que en el país sean tan “escasos los estados de la cuestión como los que aquí se nos ofrecen” porque “los estados de la cuestión permiten al investigador ubicarse, al estudiante orientarse y al vecino asomarse a lo que pasa en campos cercanos, es decir, permiten entrar al debate con otros similares o diferentes”.

Desde el tercero de estos casos, el del vecino interesado, aunque ya desde hace mucho tiempo también involucrado en el debate y la colaboración en las intersecciones de nuestros campos académicos, propongo un ángulo de lectura de este libro que remite a una hipótesis referida a la investigación de la comunicación: su desarrollo en las últimas décadas, cuando ha crecido exponencialmente, más que mostrar una tendencia a la especialización, a la “ramificación” de una serie de preguntas y problemas derivadas de un “tronco” sólidamente enraizado, tiende a la fragmentación, a la dispersión de temas, enfoques y recursos científicos, y consecuentemente, de las comunidades de investigadores que los cultivan y que tienen cada vez menos que ver unas con otras. Metodológicamente, los indicios más fuertes de este desarrollo “centrífugo” pueden rastrearse en la bibliografía citada en los productos de investigación, especialmente en las tesis de posgrado y los artículos de revisión del “estado de la cuestión”.

Sobra decir que, entre las 736 referencias bibliográficas anotadas en los diez capítulos de este libro, prácticamente no hay alguna que esté presente en más de uno de ellos. Y aunque desconozco las recomendaciones específicas que pudieran haberse acordado previamente para la elaboración de los diez capítulos, si bien se pueden reconocer tácitamente con mayor o menor rigor en cada uno, la intención de elaborar revisiones del estado de la cuestión en diez líneas de investigación tan bien definidas como éstas, impone una doble pregunta: ¿cuál es la proporción de los textos referidos en cada caso que fueron publicados en los cinco años más recientes? Y ¿qué porcentaje de las referencias bibliográficas consideradas corresponden a trabajos de investigación, sea empírica o teórica, hechos en México?

El número promedio de referencias por capítulo es alto: 74, y abarca textos publicados en varios idiomas, mayoritariamente español por supuesto, pero también en proporciones altas en inglés, francés y alemán. Es evidente que el acceso a la bibliografía y la documentación académicas internacionales se ha facilitado notablemente en la última década y que la investigación no puede prescindir de la consulta a las fuentes de información científica que en su mayoría canalizan productos escritos, precisamente, en inglés, francés y alemán. Pero llama poderosamente la atención que apenas el 19% del total de las referencias contenidas en el libro remita a obras o trabajos publicados en los últimos cinco años, es decir, entre 2007 y 2011. Seguramente, en los casos de los capítulos que refieren a líneas de investigación más empíricas o experimentales, la producción del último lustro, tanto nacional como internacional, tiende a cobrar mayor relevancia que en los capítulos más centrados en la discusión teórica, que requiere en principio lapsos más amplios para desplegarse. Pero el hecho de que, en el libro completo, menos de una quinta parte de las referencias sea a trabajos publicados en el lustro más reciente, indica quizá que el trabajo de elaboración de los estados de la cuestión requiere de entrada actualizarse y refinarse.

El otro dato, el correspondiente a la proporción de las referencias bibliográficas que en los diez capítulos remite, por su realización antes que por su publicación, a la investigación mexicana, es sin lugar a dudas más interesante y, curiosamente, uno que indica mayores diferencias entre líneas. Los tres porcentajes más altos en este sentido corresponden a los tres capítulos de la tercera parte, la relacionada con *Ciudadanía, vinculación y formación*, mientras que dos de los tres más bajos, menores a 10%, se encuentran en la segunda parte, *Ciencia y academia, género, subjetividad y educación*. El promedio general del libro es de 31.4%, es decir, cerca de un tercio de las referencias bibliográficas incluidas pertenece a la producción nacional.

Bien se sabe que la medición de las tendencias “objetivas” de los productos científicos aporta información tan rígida y limitada, que los indicadores bibliométricos deben siempre ser interpretados en contextos de información cualitativamente más rica y contextualizada. Pero la carencia de datos descriptivos organizados, y peor aún, su repudio, incrementan el

peso de los factores irracionales, los criterios arbitrarios y otros sesgos semejantes en la evaluación de la producción de conocimiento. Y cuando se trata de conocimiento sobre la educación, o para el caso, sobre la comunicación y la cultura también, la necesidad de una plataforma de análisis lo más balanceada que sea posible quizá se haga más evidente. Me parece que este es otro elemento que es necesario reconocer e integrar en el paisaje socio-cultural de la academia, al menos cuando se representa a sí misma en el escenario histórico-social más amplio. Y para ese propósito, trabajos como los diez compilados en este libro, y libros como éste, al sistematizar información y construir agendas de investigación específicas, sujetas al debate racional y crítico, son un buen antídoto contra la fragmentación y un buen estímulo, en cambio, para la especialización.

Raúl Fuentes Navarro  
Coordinador del Doctorado en Estudios Científico-Sociales  
ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara